

Hermanos de las Escuelas Cristianas

PEDRO GIL LARRAÑAGA

Fundador: San Juan Bautista de la Salle

Lugar y año de fundación: Reims, 9 de junio de 1686

Fecha de aprobación pontificia: 26 de enero de 1725

Nombre oficial de la Congregación: Hermanos de las Escuelas Cristianas

Fin específico: Procurar educación humana y cristiana a los jóvenes, especialmente a los pobres

Actividades propias de la Congregación: Educar en centros educativos convencionales y no convencionales

Número de profesos perpetuos: 7042

Número de profesos temporales: 535

Número de novicios: 158

El Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas cuenta hoy con tres siglos de vida. Nació en torno a 1690.

Fue resultado de la confluencia de un conjunto de circunstancias especiales en la persona de Juan Bautista de La Salle (1651-1719), sacerdote de Reims, en la Champaña, norte de Francia.

El señor de La Salle, hijo de familia pudiente, de burgueses acomodados, gentes del derecho y de la administración de su ciudad, puso en la obra su talante a la vez enérgico, organizador y contemplativo. Su formación en Reims y París (muy en concreto, en San Sulpicio), su medio familiar y social, su sensibilidad sacerdotal y sus relaciones le hicieron capaz de percibir una situación específica y darle respuesta

adecuada tanto desde el punto de vista de la caridad cristiana como respecto de los signos de la historia.

La situación le llamaba desde el estado de la infancia pobre en la ciudad, en el naciente orden burgués. En un contexto de guerras y de ajustes económicos, a punto de abrirse el siglo de las Luces, las nuevas ciudades mostraban ya lo que sería su rostro en los siguientes doscientos años. La infancia pobre presentaba pues el doble reto de su cristianización y su entrada en la sociedad moderna.

En el contexto de la herencia de Trento, en un país que unía el proyecto cristianizador o reformador con el del fortalecimiento nacional y que a la vez contaba con la gran floración espiritual del siglo XVII, Juan Bautista de La Salle decidió dedicar su vocación sacerdotal al servicio de los niños pobres de las ciudades.

Todo empezó como un servicio al ministerio pastoral de otros, como algo que no le afectara personalmente, sino que le exigiera tan sólo una parte de su interés. Aceptó colaborar en una iniciativa que en realidad le era ajena. Poco a poco, sin embargo, el ministerio de aquellos a quienes ayudaba fue convirtiéndose en el suyo propio. Y, así, a lo largo de cuarenta años fue configurando un ministerio hasta entonces desconocido: el de personas cristianas no consagradas por el sacerdocio y sí por la vida de comunidad al servicio educativo de los hijos de los pobres.

Cien o ciento cincuenta años después, y desde luego hoy mismo, nos es del todo familiar esta figura. Es la del religioso laical, educador. En aquellos días no resultaba tan comprensible, tan lógico, este Ministerio.

A la muerte del Fundador, pasados como decimos cuarenta años de su vida, el naciente Instituto contaba sólo con un centenar largo de miembros. No tenía un reconocimiento legal ni por parte de la Iglesia ni por la del Estado. Cualquiera hubiera dicho, en abril de 1719, que

posiblemente la vida de aquella comunidad concluiría unos pocos años después que la de su iniciador.

No fue así, desde luego, porque la nueva criatura estaba mucho más adaptada a los tiempos modernos de lo que sus mismos fundadores y contemporáneos creyeron.

A lo largo del siguiente siglo, los Hermanos de las Escuelas Cristianas (en adelante, los FSC -fratres scholarum christianarum-) llegaron a ser algo más de ochocientos. Es una cifra exigua, al considerarla hoy en relación con su crecimiento en el XIX, pero en ella se contenía ya todo su desarrollo posterior.

En los días de la Revolución Francesa, los FSC estaban instalados casi sólo en Francia. Por eso las jornadas del paso del antiguo al nuevo régimen les fueron dolorosísimas. De los ochocientos y pico quedaron reducidos a menos de cincuenta, y ello gracias sobre todo al puñado que había podido mantenerse en Italia.

Con los días de Napoleón, sin embargo, por toda Francia la autoridad civil o eclesiástica urgió su restablecimiento. Y así, con el refrendo simbólico de la continuidad nunca quebrada en el extranjero, un buen grupo de Hermanos optó por reagruparse, mostrando públicamente el sistema de vida que en silencios aislados habían mantenido incluso en los días de la Revolución.

El hecho es que para 1810 aquellos hombres eran de nuevo un centenar largo. Y en sólo veinte años más llegarían a pasar el millar.

Después las cifras se dispararon. Además de todos los demás religiosos que habían nacido a su lado y según su mismo modelo, los FSC pasaron a lo largo de un solo siglo de los 30 iniciales a 15.000 en 1904. Fueron uno de los grandes acontecimientos de la Iglesia en el XIX.

A lo largo del XIX los FSC, como todos los demás religiosos educadores nacidos en el mismo siglo, encontraron un ambiente adecuado para desarrollar sus premisas fundacionales. Lo que habían vivido en sus comienzos y a lo largo de su primer siglo de existencia como algo alumbrado por gente clarividente y excepcional, eso mismo ahora iba haciéndose pan de todas las mesas.

A lo largo del XIX el Estado y la Iglesia fueron recogiendo la herencia profunda del XVIII y proyectaron sobre su pueblo el sentido de la organización y el orden que había dado lugar a los religiosos educadores cien años antes. Resultó así que su identidad coincidía perfectamente con el caminar de los tiempos.

A finales del mismo siglo, sin embargo, se dio una circunstancia dramática: su misma tierra francesa, su pueblo, les rechazó.

Nunca en la historia ha habido un pueblo con tal densidad de religiosos en su educación. Nunca la Iglesia y lo cristiano había estado tan presente en el mundo de la educación. Nunca ha podido influir tanto en su sociedad. Y sin embargo, esa misma sociedad, a través de sus representantes legítimos, les rechazó de su seno.

Entre 1903 y 1907 dejaron su tierra o su comunidad no menos de 60.000 religiosos educadores franceses. En el caso de los FSC estas cifras se concretan en casi 8.000: la primera mitad de ellos dejó su patria por otros países; otros tantos dejaron oficial o efectivamente la congregación. Entre dos y tres mil más quedaron en Francia en condición de jubilados o ya muy mayores.

Después, en este último siglo, su historia cambió totalmente.

Ya a lo largo del XIX se habían ido extendiendo por todo el mundo y ello hizo posible la adaptación de los repentinamente recién llegados. Les fue posible mitigar su dolor con la sensación de sentirse de nuevo

en casa, aunque lejos de su patria de origen. Pero a partir de esos primeros años del presente siglo, las cosas ya nunca serían francesas como hasta entonces. En un proceso inexorable de universalización, los FSC fueron respondiendo a las condiciones de nuevos países, lo que tarde o temprano habría de llevarles a situaciones nuevas.

Mientras la sociedad y la Iglesia mantuvieron su idea de que los tiempos no cambiaban sustancialmente, los FSC creyeron con sencillez que en sus nuevos lugares les bastarían las fórmulas heredadas: a sus ojos, todo era deudor del XVIII (la fundación) a través del XIX (el desarrollo).

Cuando, al cabo de cincuenta años, se fue haciendo evidente que los tiempos eran otros, entonces ya todo fue distinto.

La cosa comenzó, de nuevo, en su cuna, en su tierra de origen. Allí, en Francia, en la vanguardia de la novedad histórica europea, ya para los años cincuenta de nuestro siglo era evidente que la fórmula heredada resultaba inadecuada.

En ese estado de cosas, es decir, en la perplejidad entre el agotamiento de la fórmula en los países europeos del futuro y su prosperidad en otras latitudes, les llegó el acontecimiento del Vaticano II y la revolución cultural o social de los años sesenta.

El Instituto FSC ha perdido en menos de cincuenta años algo más del cuarenta por cien de sus miembros.

Hoy, vivo como pocas veces, ha conseguido enriquecer ampliamente su conciencia histórica, su conocimiento de sus orígenes, sus sistemas espirituales y sus procedimientos educacionales. Y en nada de esto, una vez más, es una excepción respecto de la generalidad de los religiosos educadores.

Antes de diez años más volverá a la cifra de 5000 Hermanos y posiblemente se mantenga en ella.

El último medio siglo les está suponiendo una auténtica refundación. Todo es nuevo: desde los sistemas de gobierno a la naturaleza de sus comunidades educativas, desde sus Reglas hasta la organización de su oración, desde su formación hasta la diversidad de sus modelos educativos.

Han hecho este camino con generosidad pero no ven que el esfuerzo se refleje en las cifras. Les cuesta mucho compararse no con los tiempos inmediatamente pasados sino con los fundacionales.

Cuando lo consigan, todo será verdaderamente distinto.

Aquella generación del cambio de la conciencia europea

Al ver este camino nos sentimos seducidos enseguida por la circunstancia de los principios, en el cambio de dos siglos, entre 1690 y 1720. ¿Qué había de especial en aquellos tiempos para que naciera esta criatura y para que al menos dos siglos después se siguiera mostrando como cosa llena de actualidad?

Los distintos estudios nos lo van dejando claro. Nos hacen entender, como primer gran signo de la historia de la identidad de todos los religiosos educadores, que su Ministerio se acuñó en una generación en la que cambió el talante, la conciencia, de Europa.

Entre 1680 y 1720 se dio un largo período marcado por nombres como los siguientes: Newton, Locke, Hume, Huyguens, Bayle, Spinoza, Malebranche, Fenelon, Swift, Saint-Simon, Bossuet, Toland, Leibniz..., y La Salle. Ciertamente que otras épocas pueden mostrar puñados tan floridos como éste. Pero en éstos hay un común denominador: todos

ellos se dedican a proyectar sobre la vida el espíritu de la lógica y la organización.

Con ellos se dio en Europa un cambio profundo. Se pasó, como dicen los autores, de lo estático a lo dinámico. Se universalizó (potencialmente, claro) el modelo de la economía de mercado sobre el de subsistencia, nació el comercio a nivel mundial intensivo, se dejó la tutela ideológica de las Iglesias, se modificó el sentido y los cánones de lo estético...

Era, sencillamente, la fecunda herencia del combinado Reforma-Secularización. El siglo transcurrido desde Trento había dejado por todas las iglesias de Europa un espíritu específico: había que empeñarse en reconducir los pueblos a la fe, y había que organizarse en consecuencia. A la vez, por las nuevas dimensiones que iba tomando el mundo con la aparición de América, la administración de los pueblos comenzaba a considerarse como algo con entidad propia, necesitado de pautas más o menos autónomas.

El hecho es que en la generación de la madurez del señor de La Salle confluyeron factores que él mismo no podía percibir. Así lo suyo fue mucho más que vivir la idea de Calasanz, Comenio y Dénia aplicándola primero a su tierra de origen y luego a toda Francia. Juan Bautista de La Salle hizo con la educación lo mismo que sus contemporáneos mencionados: proyectó sobre ella un nuevo sentido del orden racional. Eso lo cambió todo.

De ahí surgió un modelo de escuela popular simultáneo, progresivo, dedicado a los rudimentos de la lógica... Y surgió un maestro nuevo: el Hermano. Y Hermano laico.

El señor de La Salle estableció una unidad profunda entre vivir la escuela como comunidad de maestros y vivir como tal comunidad la contemplación del misterio del orden al que se dedicaba. El orden

llevaba a aquellos Hermanos a vivir organizadamente en común, en una serenidad profunda, apoyados por una imagen indiscutiblemente positiva entre su pueblo, llamados a mirar la mano de Dios en todo ello y capaces por lo mismo de vivir de un modo distinto a los demás laicos de su lugar.

Su carácter de consagrados era función de su dedicación a un Ministerio secular. Y viceversa. Ahí estuvo su modernidad, tal como la vemos hoy.

Su Dios les llamó a encontrarse y encontrarle en la mediación del orden moderno aplicado al ministerio de la educación. Ahí les hizo capaces de consagrarse a El. Su Fundador llamó a esa realidad espíritu de fe y de celo.

El primer desencuentro

En el primer siglo de su historia se dio ya el drama que les seguiría hasta hoy.

Eran criaturas de su momento, modernas por lo tanto, mucho más seculares de lo que podían parecer, entregados al progreso y al bienestar de su pueblo, servidores de los pobres, empeñados en un servicio que sobrepasaba ampliamente los mínimos... y, sin embargo, no llegaron a entenderse con su tiempo. O su tiempo, por medio de sus pensadores más conspicuos, no les entendió.

Cuando las ideas de los ilustrados y de la clase burguesa llegaron al poder, cuando comenzó el nuevo orden político, en los últimos tiempos de la monarquía y en el arranque de la Revolución, unos y otros consideraron que la obra de los FSC pertenecía al pasado. Que ahora todo debía ser cuestión del nuevo Estado.

Resultó que para Voltaire, Diderot, Condorcet, Sieyès... la verdad y la razón eran tan puras que en ellas no había nada de personal. El modelo social estaba en las ecuaciones lógicas, no en la relación personal. Eran idealistas, hijos -ellos sí- de un tiempo ya pasado, incapaces de entender el nuevo sentido del progreso o de la historia.

Por eso no llegaron a entender la función de la misericordia y el servicio social junto con la nueva administración del Estado. Se hicieron totalitarios. Absolutizaron la razón, encontrando en ella el mismo bastión gratuito que antes otros habían vivido en el poder o la herencia. Y esto es algo que, entonces y hoy, debe reconocerse con energía.

En contrapartida, a los FSC les sería enormemente difícil entender nada de los nuevos tiempos. Se multiplicarían por ellos, pero les costaría sentirse como ciudadanos de pleno derecho. Con ello se agudizaría su conciencia de pertenecer... a otro mundo. También esto fue y es un hecho.

El fenómeno se fue viviendo tensamente ya en la segunda mitad del XVIII. Impresiona por eso que en medio de tal período, la creatividad de los FSC fuera absoluta: modelos educativos secundarios renovados, libros de texto propios para primaria, organización en inspectorías provinciales, sistemas de formación inicial y permanente, procedimientos de gobierno, sistemas de espiritualidad renovados, serenidad en los estatutos económicos...

En paralelo, es decir, en la misma proporción, impresiona el despiste o la incompreensión por parte de aquellos FSC respecto de su carácter de consagrados.

En realidad difícilmente aquellos FSC podían ser religiosos según el sentido canónico del término vigente en la época. No lo eran, sencillamente, porque en la definición al uso no entraba su modo de vivir conceptos como la no clausura, laicalidad, dedicación a un ministerio secular, sistemas de gobierno, régimen de votos...

Por ello, ante la incomprensión por parte de instancias externas respecto de su función en la nueva sociedad, ellos mismos se enquistaron idolizando un concepto de consagración incompleto. En él predominaban, sobre todo, la renuncia por la renuncia (no por el testimonio) y la utilidad más pragmática a la hora de liberarse de otras preocupaciones para rendir un trabajo.

Ambos hechos, la dificultad social y la defectuosa definición de la consagración religiosa, serían de largas consecuencias en el porvenir.

Especialización y restauración

En la vida de los FSC (y de todos los religiosos educadores que iban a nacer aquellos días) hubo un momento fundamental: la edición de la Guía de las Escuelas en 1811.

Aquellos FSC la necesitaban. Necesitaban conocerla, difundirla, emplearla. Necesitaban el manual que durante un siglo habían ido viviendo y verificando en su dedicación a la escuela popular. Con ella de nuevo en la mano comenzarían a ser, establemente, de nuevo. Por eso la imprimieron antes, incluso, que las Reglas.

El hecho está lleno de significación porque esta edición de la Guía... consiguió plasmar toda la experiencia y la identidad anteriores en un manual sencillo, concreto, fuertemente unificado en torno a la lógica organizativa. Durante los treinta años de su restauración y de la fundación de treinta o cuarenta instituciones semejantes, aquella Guía... era la garantía de que cualquier religioso podía presentarse ante la sociedad, y por lo mismo podía consagrarse a Dios para tal Ministerio.

Así lo entendieron todos y así difundieron el documento.

El problema vino en la contrapartida de la especialización que tal Guía... suponía.

Los FSC quedaban, con ella, como gente capacitadísima para vivir su Ministerio de la escuela cristiana popular y urbana. Pero quedaban a la vez gravemente dificultados para comprender cualquier otro nivel posterior en el previsible desarrollo educativo: en él ya no podría limitarse la cosa al aprendizaje de las estructuras lógicas elementales; habría que incluir contenidos, programas. Y con ellos ya no valía la metodología del orden, la organización. Se necesitaba explicar cosas, constituir la escuela en torno a los saberes, y no sólo en torno a las estructuras.

La sociedad, de todos modos, por la vía de la autoridad, se lo hizo casi imposible.

La autoridad les impidió durante casi ochenta años dedicarse a otra cosa que no fuera la escuela primaria popular. El Estado se reservaba, como burgués que era, la educación de las clases o cuadros que habían de gobernar la sociedad. Las enseñanzas medias, pues, quedaban fuera de las posibilidades de aquellos FSC.

Trataron de ponerse al día, como es evidente. A lo largo de medio siglo modificaron sus sistemas de formación, inicial y permanente. Pero, aun y todo, el resultado fue pobre. Desde un principio, es verdad, habían superado la limitación que el Estado les imponía. Con éxito y con prestigio social se movieron así por las sendas más populares: la educación de adultos y las enseñanzas profesionales. Pero la mayoría entre ellos debió dedicarse a lo que les era posible. Y esa situación mayoritaria marcó todo el tono institucional.

Los FSC, como todos los religiosos educadores de la época, acusaron la especialización en forma de preparación deficiente. Al seguir primando la escuela de lo estructural (la lógica elemental, las cuatro

reglas) sobre la adaptación en los contenidos (saberes, asignaturas), había un déficit de adaptación, de concordancia con los tiempos nuevos. Lo acusaría no sólo la calidad de su escuela, sino toda su identidad espiritual.

El tema sería gravísimo cuando llegaran los terribles días de finales del XIX, con la efervescencia de una sociedad ya totalmente nueva, en crisis de valores o de significados, sacudida por la explotación más rabiosa o incluso por la mayor barbarie cultural.

El colonialismo "interior"

Bajo la tremenda expansión y el enorme servicio que los FSC hicieron a su pueblo y al Evangelio a lo largo del XIX había pues una limitación importante. Que aumentaba en peligrosidad cuando contaba a su servicio con una teología deficiente.

En la identidad de los religiosos de la época fue crucial la ausencia de una seria Cristología en los círculos teológicos o espirituales, tanto católicos como protestantes. Es un hecho que la gran teología desapareció entre 1700 y 1750, con las tensiones entre quietistas, jansenistas, jesuitas... Su hundimiento dio lugar a la primera gran secularización de la cultura o de toda la sociedad y sus instituciones, a partir de 1750.

Cuando las ideas de la Ilustración se hicieran criterio de organización social, en manos ahora de los políticos, este déficit sería más grave. Sobre la limitación "administrativa" a la que nos acabamos de referir, se proyectaría además la dificultad de interpretar los tiempos como manifestación de Dios, lugar de su Encarnación.

Esto produjo que en todas las instituciones religiosas del XIX hubiera una gran dificultad no sólo para adaptar sus sistemas operativos a la

sociedad cambiante, sino sobre todo para entender los cambios de tal sociedad como ocasión de la llamada de Dios, es decir, lugar para la reformulación de la propia Identidad Ministerial. Las cosas invitaban a trabajar, a sufrir o a gozar. Pero no a comprenderlas, sospechando su novedad. Por lo tanto se formularía una espiritualidad de trabajo, ascética, pero no contemplativa, es decir, sin que hubiera entre ellos, corporativamente, una actitud de disponibilidad radical.

Era una grave reducción del espíritu de fe que La Salle había acuñado para sus Hermanos: no se refería solamente a la pureza de intención en cuanto se viviera, sino además a la contemplación del Misterio de Dios que nos envuelve.

Por causa de ello, la respuesta FSC al momento histórico fue más sacrificada que inteligente. Vivió más la fidelidad a lo inmediato que al conjunto del hecho social o al devenir de los tiempos.

Así se comprende, sobre todo, el tipo de sus implantaciones en las nuevas tierras del mundo a las que llegaron, de la mano casi siempre de intereses sociales o económicos de carácter colonialista. Pero no insistiremos en esta línea.

Sí, en cambio, importa subrayar que tal espíritu era el mismo que dirigía sus actuaciones en el interior de su país de origen. Como casi todas las gentes de Iglesia en aquellos días centrales del XIX, los FSC sirvieron a los pobres, sin ayudarles a dejar de serlo. Sirvieron a los pobres sin percibir que con ello tal vez estaban sirviendo más... a quienes no llegaban a sus aulas.

Fueron así días tranquilos, de gran desarrollo numérico, de implantación y servicio en muchísimos lugares. Por la homogeneidad y por la extensión, el Gobierno FSC fue mucho más administrador que animador. No podía ser de otro modo, dadas la novedad de su desarrollo y las carencias de sentido teológico o histórico de sus ambientes.

El segundo desencuentro

Los años del último cambio de siglo fueron dramáticos para todas las instituciones religiosas dedicadas a la enseñanza. Apuraron las contradicciones que acabamos de reseñar.

Para convencerse de ello basta considerar este hecho: a partir de entonces surge el confinamiento de los religiosos en la enseñanza privada.

Hasta estos tiempos los religiosos educadores ejercían su Ministerio mayoritariamente en centros no propios, es decir, de distintas administraciones sociales. Junto con ellos tenían también un puñado de instalaciones de su propiedad, pero se trataba de algo más bien excepcional. No tenía sentido, en efecto, multiplicar instalaciones de mantenimiento problemático cuando ahí estaban los ayuntamientos para proveer a todo.

En los últimos veinte años de la historia francesa del XIX, sin embargo, los religiosos se ven expulsados de la enseñanza pública. El Estado ya no permite que vayan juntos el testimonio religioso y la docencia en los centros de la administración.

A partir de ahí los religiosos darán por hecho el que ellos en adelante deberán ingeniárselas para instalar su obra al margen del control del Estado. Y el asunto iba a suponer mucho más que un problema económico.

Entenderán así que el Estado y ellos no tienen el mismo proyecto educativo, y que por tanto su diálogo es imposible. El Estado quedará signado como perseguidor o antagonista de todo lo confesional. Y viceversa, desde luego.

Entenderán además que este antagonismo o separación suya respecto de la administración estaban ya contenidos en su consagración religiosa. Se reafirmarán en la comprensión de ésta como distancia y

sacrificio, olvidando por mucho tiempo su sentido testimonial o de referencia. La consagración religiosa misma quedará desprovista de toda función social, reducida a lo utilitario, funcional.

Y cuando finalmente sean expulsados de su tierra, se difundirán por todo el mundo llevando consigo una errónea comprensión de lo ocurrido.

Los FSC, en concreto, lo hicieron así.

Allí donde se instalaron encontraron el éxito y ello les reafirmó en su comprensión de sí mismos. Si en otros países la cosa funcionaba, era que en el inicio de su origen alguien les quería mal y dolosamente había conseguido expulsarlos. Tenía pues sentido su interpretación martirial de su consagración religiosa.

El hecho fue que en su interior y en su entorno se dio por aquellos años una tremenda deficiencia cultural. Estaba naciendo un mundo nuevo, marcado por la revolución política y laboral, la urbanización de Europa, la universalización del comercio colonial, el auge de los especialismos... Y no eran tiempos para grandes perspicacias, ni políticas ni teológicas. Ni los políticos que en aras de la modernidad les rechazaron, ni los eclesiásticos que mayoritariamente se inclinaban por su secularización de hecho: ninguno de los dos grupos podía presumir de inteligencia histórica.

El poder político absolutizó su convencimiento de que era lo mejor para los tiempos nuevos. Pensó de sí mismo que debía ser el único garante y gestor de los servicios sociales. La autoridad eclesiástica ignoró la modificación profunda de las sociedades proletarias y de las nuevas estructuras políticas, más o menos democráticas. No consiguió escuchar la propuesta de León XIII y vivió de espaldas a la Modernidad.

En medio, los FSC se cuidaron de mantener su autonomía educativa, económica y cristiana. Por no haber podido comprender aquella

coyuntura, todo se convirtió en una gigantesca crispación, que había de durar casi medio siglo.

Cuarenta años como tres siglos

Tras la Segunda Guerra Mundial, los FSC (como tantas instituciones sociales, de Iglesia o no) se sintieron invitados a recomponer todo el camino anterior.

El drama recién vivido, la angustia de los pueblos en el alba de la posguerra, su papel en la reconstrucción social, todo les llevó sin ellos darse cuenta a un momento muy semejante al de su primera fundación, allá en el arranque del XVIII. La dinámica de las naciones lo hizo posible por todo el mundo.

Fueron así pasando de un tiempo sacrificado, lleno de austeridad, a otro en el que creció en su seno la fe en el progreso, exactamente como había ocurrido en la Europa del XIX. El desarrollismo, sin embargo, había de estallarles en las manos a finales de la década de los sesenta.

A ellos y a todas las instituciones sociales les llegó el tiempo de la gran crisis, entre 1966 y 1975, cuando se hizo evidente el hundimiento del ciclo de tres siglos iniciado en el barroco, ... sin poder entenderlo.

En los FSC, como en todos los demás religiosos de vida activa, se dieron a la vez dos situaciones contradictorias: estaban en el apogeo numérico de su desarrollo y a la vez se sentían profundamente desadaptados. El resultado es de todos conocido. A lo largo de treinta años, las instituciones como la FSC ha debido ir caminando a través del desierto de la crisis, preguntándose por el sentido de los acontecimientos.

Cuentan, eso sí, con algo que no existió a lo largo de los siglos anteriores: están mucho más cerca de su Fundador, de su proyecto

original. Hoy, entre los FSC, y gracias al trabajo de grandes personas en el interior de su institución, se está mucho más cerca de las palabras iniciales. Resuenan con nueva luz los temas del espíritu de fe y el servicio educativo a los pobres. Es posible, en suma, establecer una síntesis renovada y fiel.

Lo convencional y lo alternativo

Hoy, entre los FSC como en todos los religiosos educadores, hay una palabra clave: los Pobres.

Todos los religiosos educadores viven hoy convencidos de que en los Pobres se encuentra la vanguardia de la historia, el asomarse al futuro, la propuesta de su Señor. Y van respondiendo, muy lentamente.

Hoy los FSC van percibiendo, muy lentamente, la función de los ciclos históricos en la constitución de las congregaciones religiosas dedicadas a la enseñanza. Van entendiendo que su dedicación a la escuela elemental y urbana en los medios pobres, era la respuesta a una demanda específica de los tiempos modernos. Así comprenden con mayor serenidad sus relaciones con las instituciones de la Administración social a lo largo de los días de esa Modernidad.

Al cabo de los siglos entienden, finalmente, que tal vez tras la modernidad se está abriendo un tiempo nuevo. Esta vez ya no está marcado por la mediación de la razón organizadora. Esta vez la mediación es otra: **la vida de relación**, la referencia de todos y de todo a conjuntos, a estructuras, locales, de naturaleza, mundiales, históricas.

En la obra educativa FSC, que se renueva hoy como la de todos los demás Hermanos de enseñanza, va emergiendo con fuerza este nuevo Signo: **la llamada de Dios va unida 1) al cultivo de la Relación como criterio organizador de la educación, y 2) siempre al servicio**

de los Pobres. Es lo que está dando lugar a numerosísimas instalaciones educativas de carácter "alternativo".

Porque en los medios más fabriles, más "profesionales", es donde hoy está apareciendo con mayor claridad el comienzo del futuro: era lógico, habida cuenta de la reestructuración del mundo tras la caída del modelo del llamado socialismo real. Allí, en la redefinición de lo laboral, en el esfuerzo por encontrar un camino profesional para los más desfavorecidos, está apareciendo **la nueva posibilidad de vivir el espíritu de fe: en el servicio a la relación convertida en criterio educativo.**

Y, por lo mismo, en el redescubrimiento de la Pertenencia de la persona y el Ministerio FSC respecto de su comunidad.

Por eso, finalmente, sin necesitar comentarlo más, mencionamos el tema de la nueva manera de relacionarse con el Estado. Los FSC necesitan hoy trascender el pasado siglo de existencia de la escuela privada y redefinir sus relaciones con la Administración Pública. De su éxito en este nuevo reto depende en buena parte su futuro. Por fortuna cuentan para ello con un mediador efficacísimo: los Pobres. En su servicio está la clave para descubrir la nueva función de los FSC ante el cambio histórico o social que vivimos.